

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

VENTAJAS DEL QUE NO TIENE PIERNAS Ó DEL
QUE LAS LLEVA DE PALO.

ARTÍCULO DE INTERES GENERAL.

II.

POR mas que los optimistas se persiguen escandalizados, es necesario convenir en que debemos á la naturaleza muchos males, y que este mundo está muy lejos de ser el mejor de los posibles. Tal vez la Providencia ha tenido á bien hacerle tal como nos le encontramos para que no nos encariñemos demasiado con las cosas mundanas y aspiremos con mas ardor á buscar la felicidad verdadera en un punto distinto del que los moradores de la tierra tenemos la desgracia de habitar. Si no fueron estas las miras de la Providencia, habrán sido otras ó ninguna; no nos toca á nosotros, débiles mortales, levantar el velo con que ha querido el Supremo Hacedor ocultar á nuestras profanas miradas sus incomprensibles misterios. Pero lo cierto es que á lo que nuestra pobre razon alcanza, el universo está plagado de cosas que á nosotros nos parecen imperfecciones, aunque segun el fin que al formarlas se propuso el Creador acaso no lo sean, y deber nuestro es corregirlas y perfeccionarlas, ya que el mismo Autor de todas ellas ha dotado á muchos hombres de deseos y medios de conseguirlo. En esto la voluntad del Omnipotente se manifiesta de una manera bien explicita. Si Dios hubiera querido que el mundo permaneciese tal como salió de sus manos hasta el dia del juicio final, se hubiera guardado bien de dar á los hombres este espíritu de innovacion que incesantemente altera la superficie del globo sublunar. Es necesario que convenzamos en que el mundo es no mas que un borrador sin corregir, un imperfecto bosquejo, una obra á medio hacer, y que para concluir la Providencia ha dotado á algunos seres privilegiados de un

genio fecundo, activo y emprendedor que es un verdadero destello de la Divinidad. Reflexiones son estas de muchisima importancia y que he creido conveniente hacerlas para que nadie diga que el querer sustituir con piernas artificiales las que debemos á la naturaleza, es rebelarse contra la obra de Dios. Al contrario, me consideraria criminal á los ojos del Señor si no siguiese en esta ocasion la linea de conducta que me parece trazada por su misma mano, si por mas tiempo resistiese los filantropicos impulsos de mi corazon que no son otra cosa que una especie de partes telegráficas con que Dios me comunica sus órdenes, si por mas tiempo en fin dejase de conocer y cumplir la sublime mision que la Providencia me ha encargado poniéndome de manifiesto los defectos y vicios de que las piernas adolecen y los medios que debo revelar á la humanidad para corregirlos completamente.

Los defectos y vicios de nuestras piernas naturales y los males sin cuento que las debemos, quedan bien manifestados en el artículo anterior, en que probé con argumentos irrecusables la necesidad de desprendernos de ellas, si queremos de una vez para siempre destruir el mas fecundo manantial de nuestras calamidades. En la actualidad no es posible que haya uno solo de los que leyeron mi artículo precedente tan rebelde á la sana lógica, ni tan refractario á la razon, que no esté convencido de que la amputacion de las piernas es una cosa precisa. Pero las piernas, á pesar de sus defectos, nos prestan servicios á que la humanidad entera les debe estar agradecida; sus usos son de un interés tan esencial para la mayor parte de los actos de nuestra vida relativa, que desterrarlas del mundo sería poner á la humanidad el epitafio. No es esto decir que un individuo no pueda pasarse sin piernas, pero la humanidad entera no podria sin ellas existir. Así pues, nada tendria que agradecerseme y sí mucho que reconvirseme por mis doctrinas, si despues de haber

demostrado la importancia de la amputacion de las piernas, no manifestase los medios de sustituirlas con otra cosa que al mismo tiempo que gozase de las ventajas de aquellas, no adoleciese de sus defectos. Las piernas de palo, que son el objeto de este artículo, allanan á mi entender todos los inconvenientes.

Es una verdad conocida, evidente, confirmada por la autoridad de todos los bienaventurados que, debiendo á una bala de cañon, á la mano de un cirujano, ó á cualquiera otra causa accidental ó congénita el envidiable privilegio de no tener piernas naturales, las han sustituido con otras de palo, que estas últimas son inaccesibles á los uñeros, á los callos y á los sabañones. ¡Uñeros, callos y sabañones! ¡Ahí es un grano de anís! Me parece que esta sola circunstancia las recomienda suficientemente, y que no habria necesidad de otra para preferirlas á las de carne y huesos. Tampoco la gota ejerce en ellas su funesto influjo. De esta terrible enfermedad que con tanta frecuencia se fija en los pies y que como rabiosa demagoga ataca con predileccion á la gente de mas alta copete, se hallan libres las piernas de los que las llevan de palo. ¡Y cuántas mugeres están opiladas y cloróticas y sufren un sin fin de enfermedades propias de su sexo que las deben á la humedad en los pies! ¡Cuántas deben á esta misma causa violentos dolores reumáticos que les hacen odiosa la existencia! Pues bien, la humedad no produce ninguno de estos terribles efectos en el que tiene las piernas de palo, como que otra de las grandes ventajas de estas piernas es no tener pies, y cuenta con que los pies desde tiempo inmemorial por sanos que hayan sido se han considerada como una cosa mala. ¿A qué deben la preferencia que sobre todas las europeas se han merecido las andaluzas, sino á la pequeñez de su pié? ¡Cuánto mayor pues seria su mérito si ni siquiera pies tuviesen! ¿Hay quién ignore que cuando se trata de envilecer ó ultrajar á una persona con frecuencia se la llama cuadrúpeda? Si fuesen los pies una cosa digna de aprecio con este dictado, se la encumbraria en lugar de ultrajársela. Es pues incontestable que en todos los tiempos el vulgo ha profesado á los pies una antipatia que debemos considerarla justa, porque no hay que darle vueltas: *vox populi, vox Dei*.

¿Y cómo podria el mundo simpatizar con los pies cuando son seguramente lo mas vil de nuestra organizacion, motivo sin duda por el cual ha querido Dios colocarles en la parte mas inferior en los animales que los tienen? De sus abiertos poros sale á menudo este sudor hediondo que atropella todos los alfatos, que pudre todos los calcetines, que destruye todas las botas, que acíbara en verano las deli-

rias de las tertulias, y cuya supresion da origen á muchas y muy graves enfermedades. Puede decirse que el hombre en quien esta transpiracion es muy abundante, lleva en los pies el sello de reprobacion que llevaba Cain en la frente. Entre él y sus semejantes, á instancia de todas las narices, se establece un rigoroso cordon sanitario; la sociedad le rechaza, le aísla, le proscrib; para él es el mundo entero un lazareto, donde solo y sin comunicacion de ninguna especie se ve obligado á hacer una penosa cuarentena que dura al menos tanto como los ardores de la canícula; no se le acercan mas que sus herederos y sus acreedores si los tiene, y aun esos, mientras dura la entrevista, respiran muy de tarde en tarde, y ensanchan la distancia que les separa del fétido interlocutor cuanto lo permite la capacidad del aposento en que se encuentran. Esto es bochornoso y atroz. El sudador, como tenga pizca de vergüenza, y como no sea muy inhumanamente egoísta, está privado de ir al teatro, porque de otra suerte es seguro que todas las lunetas que se hallen comprendidas en el radio de dos varas de la que él ocupe, quedarán desiertas desde luego, á no ser que sean los espectadores bastante magnánimos para pasar toda una funcion con ambas manos aplicadas á las narices. ¡Ay de ellos si destruyen casualmente esta solucion de contigüidad establecida entre las manos y el órgano olfatorio! ¡Ay de ellos si dejan un momento abiertas las ventanas de la nariz! Este descuido puede costarles la vida. Los pestilentes miasmas están en acecho, y cuando menos se piensa se introducen como ladrones hasta el mas recóndito rincon de la pituitaria. Y como un sudador de pies no por ser tal ha de ser un Calígula ó un antropófago, es de aquí que nunca va al teatro como no pueda tomar solo para él un palco entero, ya que no se le consienta tomar todas las localidades del patio ó de la cazuela. Yo en verdad tengo en esos desgraciados mucha confianza; creo que en obsequio á si mismos y á sus semejantes serán los primeros que reemplazarán con piernas artificiales las que sacaron del vientro de su madre, apenas se hayan hecho cargo de las razones que alego en este y en mi anterior artículo.

Las pedradas y porrazos en la espinilla que tan vehementes dolores ocasionan, tampoco producirian ninguna sensacion desagradable si las piernas fuesen de palo. Dios sabe con esto las dolencias de que nos librariamos y las visitas de médicos de que podriamos prescindir, lo que seria una segunda ventaja, porque á los ojos de todo hombre sensato los médicos son una segunda enfermedad con frecuencia mas peligrosa que la que nos obliga á llamarles.

Pero no es solo como medida higiéunica que aconsejo á mis semejantes el uso de las piernas de arti-

ficio. La mayor parte de los actos que nuestros deseos y necesidades nos obligan á ejercer reclaman imperiosamente esta sustitucion que sujeto al buen criterio de mis lectores. En primer lugar las bellas teorías de igualdad de que tanto se ha hablado desde que el mundo es mundo y que al cabo todos los hombres pensadores las han abandonado y proscrito como otra de las muchas utopías que embellecen los sueños de los poetas, empezarian á realizarse por medio de las piernas de palo, al menos con respecto á la estatura. El ridículo que derraman los satíricos sobre los hombres de poca talla, no heriria á nadie absolutamente. Los enanos, esos infelices á quienes ha condenado su mala suerte á no poder participar con los ojos de ningun espectáculo ni de ninguna diversion que atraiga mucho gentío, esos infelices que treinta años despues de haber nacido podrian sin encontrar obstáculo volverse al seno de su madre y allí permanecer en estado de feto tan á sus anchuras como en una plaza pública, desaparecerían desde luego de entre nosotros; con el auxilio de las piernas todos lograrían agigantarse y se pondrían al nivel de los mismos á quienes ahora solo pueden hablar al oido por medio de una escalera de mano. Entonces estos desventurados, que no por ser pequeños dejan de estar hechos como nosotros á la imágen de Dios, disfrutarían tambien de las fiestas públicas, y se conseguiría ademas extinguir las rivalidades sin cuento á que dan origen las diferencias de estatura. Por otra parte esta nivelacion seria muy ventajosa á la generalidad. Como una vez verificada, á nadie eximiria la diferencia de talla de caer soldado, porque no habria tal diferencia, la desgracia se repartiria entre un número mucho mayor de individuos, y el riesgo de cada uno en particular seria de consiguiente mucho menor. ¡Y cuán hermoso pareceria un ejército con piernas de palo! El primer soldado de cada compañía no discreparia del último una sola linea, las cabezas de un regimiento formado en masa presentarian una superficie tan lisa é igual como la de un callado estero ó la de un puerto bonancible, y las de un regimiento formado en batalla se asemejarían á una guardarraya ó pedestal de boj de un delicioso pensil acabado de recortar por la diestra mano del mas hábil jardinero. ¡Qué tallas tan gigantescas é imponentes serian entonces las de nuestros soldados! ¡Ojalá el gobierno haga adoptar pronto al ejército las piernas de palo ya que se trata de llevar á cabo la espedicion de Marruecos! El éxito será seguro, creará el lingitono que tiene que habérselas con una nueva raza de filones, y desfavorido nos abandonará la victoria, sin siquiera disputárnosla.

Todos los hombres, pero mas especialmente los traperos y los mendigos contra quienes los perros

han concebido un odio tan profundo que al parecer se va dilatando de generacion en generacion, reportarian de las piernas de palo grandes beneficios. Podrian entonces reirse de los ladridos amenazadores del mas espantoso alano, y cebar impasibles la voracidad de la fiera dándole á roer la pierna luego



que intentase el animal pasar á vias de hecho. Como el perro no mordiese mas que la pierna, es seguro que ningun daño causaria á su pretendida víctima aunque estuviese atacado de hidrofobia.

Ni serian menores las ventajas que de las piernas de palo reportaria el peregrino. Sin lastimarse los piés recorrería los mas dilatados desiertos, podría sin necesidad de alpargatas ni sandalias caminar entre zarzas y abrojos; ni tendria jamás que sentarse al pie de una oásis ó de una antigua esfinge por impedirle seguir su camino la arena interpuesta entre su calzado y sus piés. Si quisiera hacer uso de unas piernas muy largas, de un solo paso cruzaria los rios mas caudalosos, ó de otra suerte podría vadearlos sin sentir ninguno de los fatales efectos que produce la humedad en la máquina animal.

Los vegigatorios, los sinapismos, el torvisco, en una palabra, todos los medicamentos que designa el arte con el nombre de epispásticos, aplicados á las piernas de palo no causarian tampoco ninguno de los dolorosos resultados que tanto molestan á los enfermos. Ni la potasa cáustica, ni el mismo ranterio actual harian prorrumpir al paciente en un ay que revelase sus dolores.

Para viajar en diligencia nada hay seguramente mas incómodo que las piernas que en la actualidad usamos. Las de palo son levadizas; pueden colgar-

se mientras uno viaja lo mismo que el paraguas ó la sombrerera, procurando tenerlas á mano para todos los casos en que sea preciso apearse. Y no es solo el bienestar del individuo, sino la sana moral la que reclama imperiosamente que para viajar en diligencia se sustituyan las piernas naturales con piernas de artificial. ¿Hay cosa que ponga mas en peligro la castidad de una mujer, que el largo y forzoso contacto de sus rodillas con las de otro individuo del sexo feo? Muchas derrotas debe á este roce el honor de los maridos y de los padres de familia.

Algunos me objetarán diciéndome que las piernas de palo ofrecen tambien graves inconvenientes sobre todo para la marinería que no podría encaramarse con ellas donde lo reclaman las maniobras.

Este argumento muy fuerte en apariencia es realmente muy fútil. Los marineros para llegar aunque fuese al tope de un navio no necesitarían moverse de la cubierta procurándose unas piernas de palo que podrían ser tan largas como el palo mayor, y si este método no pareciese el mas oportuno ¿no podrían hacerse con unas piernas especiales distintas de las de la gente de la tierra que fuesen ahorquilladas y rematasen en una especie de dedos como las patas de las gallinas? Esas hendiduras se amoldarían perfectamente á los flechastes y demas cuerdas de la jarcia, y harían tal vez las piernas de palo mucho mas propias al efecto que las que ahora se gastan.

¿Quién lo diría! Hasta para los bailes de máscara son las piernas de palo de una utilidad inmensa. Me hace pensar en esto un caso horrible que se me refirió y que usándose las piernas de palo no hubiera seguramente tenido lugar. Había en no sé qué ciudad una señora hermosísima que por su desgracia era la mas alta de todas las ciudadanas. Ocurriósele ir á un baile de máscaras sin consentimiento de su marido. Este, que era celoso como un gato, no hallándola en casa á la hora regular, adivinó la treta y se fue inmediatamente al baile con el objeto de encontrarla. En vano se había la infeliz disfrazado lo mejor que pudo para no ser de nadie conocida; su estatura la hizo traicion y la descubrió al celoso marido en el momento en que se hallaba la infeliz chichisveando con una máscara que no era de su sexo. Creyóse el esposo ofendido y no pudo reprimir su cólera; todos los concurrentes se alarmaron; oyeron dos tiros, y bien pronto aquel lugar de recreo presentó manchas de sangre. Se sacaron dos cadáveres. El uno era el de la esposa, el otro el del marido. Este arrebató cruel redujo á la miseria á tres hijos de los desgraciados esposos. Si se hubiesen usado piernas de palo ¿hubiera sucedido esta catástrofe? ¿Hubiera la estatura revelado la realidad al

iraenado marido? No hemos de suponer tan poca prevision en las mujeres. La desdichada de que me ocupó no queriendo ser conocida hubiera tenido buen cuidado en armarse para el baile de unas piernas menores que las de costumbre, y hubiera conseguido el objeto. ¿Qué responderán á esto mis adversarios?

Si este artículo no se hiciese demasiado largo, manifestaría muchísimos otros inconvenientes que solo las piernas de palo pueden allanar. Pero creo que las ventajas mencionadas bastan para reducir á la razon al mas obstinado piernófilo, y dejo por tanto que la práctica universal revele las que yo he pasado en silencio. Sin embargo no me es lícito concluir mi tarea sin antes hacer observar á las naciones civilizadas los inmensos recursos y eficaces medidas que de las piernas de palo podría derivar un gobierno protector para sostener el orden, garantizar la seguridad individual y aumentar considerablemente las riquezas del tesoro. Es innegable que cuanto mayores son las piernas tanto mas largos son los pasos, y que la estension de estos no es una cosa indiferente para la velocidad de la marcha. Conocido esto, podría el gobierno establecer una medida de piernas general para todos los individuos, no permitiendo á nadie traspasar el *máximum* establecido sin una autorizacion previa que solo debería obtenerse mediante una retribucion, como se hace con las licencias de caza. Dios sabe con esto cuan grandes serían entonces los ingresos en las arcas públicas. La autorizacion de piernas que escediesen á la marca, no debería concederse jamás á hombres de sospechosa conducta ó poco amigos de la situacion. Disponiendo al mismo tiempo que los individuos del ejército y los agentes de seguridad pública hiciesen uso de piernas mucho mayores que el resto de los ciudadanos, al menor sintoma de alarma podrían caer numerosas fuerzas enemiga de la poblacion disidente, y de este modo en un santiamén se ahogarian las revueltas. No veríamos entonces como ahora un malhechor á menudo mas ágil que un hombre de bien. No se burlarian los bandidos de sus perseguidores, y muy pronto la faccion del Maestrazgo sabría lo que es bueno.

Las piernas de palo son de quita y pon, y de esta circunstancia sacaría inmensa ventajas un gefe militar, pues cuando querría sostener un punto á todo trance mandaría recoger las piernas de todos los soldados y de este modo evitaria con seguridad la desercion, la dispersion y la fuga. Por otra parte el número de bajas en tiempo de guerra seria muchísimo menor; las heridas de piernas á nadie obligarian á pasar á un hospital de sangre, y teniendo piernas de repuesto en los carros de los

bagages, sobre el mismo campo de batalla podrían los heridos hacerse con una pierna nueva. ¿Te parece, lector, pequeña esta ventaja?

No es pequeña esta ni ninguna de las otras que he mencionado. A pesar de todo tengo un triste presentimiento. Para que este artículo produjese los resultados que mi filantropía me hace desear, sería necesario que los españoles tuviesen mas patriotismo, ó que fuesen los estrangeros menos esclusivistas. Basta que el pensamiento de sustituir las piernas naturales con las de artificio, haya sido concebido por la cabeza de un español para que mis compatriotas le desechen y los estrangeros no le adopten en la práctica. Apuesto que ni se crea una cruz especial para premiar los esfuerzos de mi genio, ni tampoco se me confiere ninguna de las creadas. ¿Pero qué importa? ¿Dejará por esto de ser grande el mérito que con esta teoría he contraído? Si la generacion actual no me hace justicia, acaso sean menos inicuas las venideras, y ¡dichoso yo si algun dia consagran lágrimas á mi memoria y flores á mi tumba algunos hombres agradecidos que se acerquen con piernas de palo á mi última morada!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

RESPUESTA

Á LA CARTA DE D. EDUARDO ASQUERINO Y
D. MARIANO URRABIETA.

Medina del Campo 14 de abril.

En la primera cuarteta
Villergas saluda fino
á Urrabieta y Asquerino,
á Asquerino y á Urrabieta.

Y no os disputeis jamás
la preferencia en el puesto,
pues ya sabéis que «atrás esto
es lo mismo que «esto atrás.»

Mas alegre que hombre chispo,
y esto en mí no es maravilla,
me teneis en esta villa
pasando vida de obispo.

Soy de mis caprichos dueño
y sin pensar en mañana,
como cuando tengo gana,
duermo cuando tengo sueño.

Disimuladme si apático
respondo á vuestro papel,
pues cosas decís en él
que me dejaron estático.

Mas tanto de acá sin mónica
diré si me da la gana,
que á la gente cortesana

la puedo dejar alónita.

Es la gente de esta tierra
tan pertinaz y tenaz,
que cuando quiere la paz
es porque no quiere guerra.

De estos buenos habitantes
quien mas trabaja mas suda:
al que suda Dios le ayuda
y tambien sus semejantes.

Que aunque hay vagos estafermos
he visto ayudar, y aprisa,
los monaguillos á misa
y el doctor á los enfermos.

Se olvidan las etiquetas,
se olvida cualquier ojo,
pero casi á ningun cojo
se le olvidan las muletas.

Abundan locos sin tasa
y bobos hay otros tantos,
mas ninguno tira cantos
al tejado de su casa.

En esta tierra es de fé,
no lo tengais por mentira,
si vé menos quien mas mira,
quien mas mira menos vé.

Desde el noble al pisaverde
que á jugar al monte acierta,
si halla la contraria en puerta
cuanto mas *poue* mas pierde.

Aquí el que no grita clama,
y el que no clama vocera,
y el que no brinea patea,
y el que no llora no mama.

Los malos y los peores
quieren que ande el diablo suelto
y es porque á río revuelto
ganancia de pescadores.

¡Qué encontrados parecres!
En fin ¿qué tal andará
cuando los hombres acá
se casan con las mugeres!

No son cuestiones de nombres
las rarezas que aquí pasan;
ya veis, en Madrid se casan
las mugeres con los hombres.

Cuando se toca á pagar
la contribucion nefanda
nadie sabe por donde anda
para sumar y restar.

Pero si les dan dinero
todos saben dividir,
y en vez de medio partir
quieren partir por entero.

Cuando alguno con ahineco
á echar cuentas me importuna,

con decir «cuatro mas una»
les digo cuantas son cinco.

Y tened por cosa cierta
que siempre que hablar me toca
los que na cierran la boca
me oyen con la boca abierta.

A imitacion de Marira,
la del refran castellano,
aqui toda ciudadano
se rasan donde le pica.

Lámpian las gentes magnánimas
el polvo con el cepillo;
menos el riñ monaguillo
que este limpia el de las ánimas.

Y todos á truches noches
dan con muchas cortesias
de dia los buenos dias,
de noche las buenas noches.

Los jardines tienen plantas
y dan peras los perales,
nueces hay en los nogales
y tambien en las gargantas.

Abur, que me canso ya,
si Dios quiere nos veremos;
y si acaso no nos vemos,
hasta el valle Josafá.

Y sin gastar mas saliva
mil memorias os encajo
á Carabanchel de abajo
y á Carabanchel de arriba.

Mientras Dueros y Pisuergas
corre como un azacan,
Villergas Martinez Juan,
á Juan Martinez Villergas.

LA NOCHE DE SAN MARCOS.

De una historia verdadera
cuyo autor calló su nombre,
ó por modesto, ó por hombre
que volaba en otra esfera
y fué historiador casual,
saco aventuras estrañas,
siquier parezcan patrañas,
siquier leccion de moral.
Y pues el verso requiere
mucha calma y mucha cosa,
mejor será hablar en prosa
y salga lo que saliere.

¡Mal rejalgar to se vuelva! decia un ricote
frances á su muger en tiempos que nuestros ama-
dos vecinos, los que moran allende los Pirineos,
comenzaban á enriquecerse de nuestras sobras, ó
mejor dicho de nuestras faltas. Y ¿quién podrá dar
con la causa que movia al buen Gillet, que tal era
el nombre del gabacho para prórrumpir en seme-
jante denuesto? Ni ¿quién adivinar el motivo que
obligaba á guardar silencio á la desventurada espo-

sa, dado que no era muda, ni tímida, ni prudente,
sino que á una competian en ella todas las perfecc-
iones mugeriles? Pues era el caso que tenia diver-
tida la boca con el ligado de un ave que daba ocu-
pacion á sus mandíbulas; que el marido apetecia
tambien aquel borado, y que habiéndolo ella asido
á tiempo y ganádoselo por la mano, dió origen á
aquella pendencia, mas bien parecida á una moris-
ca zambra que á una mesa de cristianas.

Aqui tienen los quejumbrosos moralistas que andar á vueltas con la virtud como con moneda de cambio, haciéndose intérpretes de su valor y que-
riendo subirla á cada punto de antigüedad para do-
blar el precio de sus quilates; aqui tienen un ma-
trimonio tan cabal como lo desean: un mismo gusto
dominaba en ambos, ó como ahora se dice, unas
mismas eran sus afecciones, llevando esta homo-
geneidad, simpatía ó como quiera llamarse, á un
extremo tal de coincidencia, que todas sus disensio-
nes provenian de esta completa uniformidad de pa-
receres. Vez hubo que se le antojó á Gillet vestirse
la saya de su muger, pues sin duda habia nacido
para la toga ó las hopalandas; y no dejó esta en
cierta ocasion de considerar cuánto mas útil era,
aun para el paseo, el baston de su marido, que el
engoroso abanico de que ella usaba.

Cuéntase pues que á veces no se contentaban con
hablarse recia, sino que tambien venian á las obras,
y habla puñada por la parte del marido, y pelizco
por la de la muger; pelizcos por cierto no muy
parecidos á los que dan los tabacosos en caja pro-
pia. Con todo, en el lance del hígado consabido, se
contentaron con desearse de todo corazon el uno al
otro la muerte; y no pudiera dudar nadie de la sin-
ceridad de su deseo con solo ver su negra catadura,
y el horrible gesto que á su imprecacion acompaña-
ba. Acaeció esto la vispera de S. Marcos, santo á
quien atribulan sus devotos el raro milagro de ré-
velarles lo futuro, y era por lo tanto creencia del
pueblo de nuestros héroes en aquellos dias, que el
que hacía las doce de la noche estuviese en vela
delante de su iglesia, veria ir entrando en el pórti-
co las sombras de todos los feligreses que fallece-
rian en el siguiente año. Nuestro famoso hacenda-
do, aunque frances, creía á pié juntillas en esta
supersticion, y desde el punto en que profirió el
anatema mencionado, se le vino á las mientes que
pues tan próxima tenia la fiesta de su buen santo,
bien podria convencerse de si era su mal deseo tan
eficaz como lo esperaba: y así no mucho antes de
las doce, salióse quieto de su casa, y á guisa de
sepulcral fantasma, enderezó sus pasos hácia la
iglesia. Ocurriósele en este tiempo á su muger el
propio pensamiento, y aguijada tambien por el mis-
mo anhelo que su marido, se dispuso como pudo,
y por distinta via concurrió al tenebroso misterio
que debía celebrarse delante de la parroquia.

Estaba la noche del santo mas lóbrega que cueva
de saltadores, y solo de vez en cuando dejaba ver
la luna su rostro resplandeciente por entre las es-
pesas nubes que de intento parecian agolparse para
ocultarla. Rompióse una vez el tenebroso velo, y
¡válgame Dios! ¿quién podrá decir el súbito terror
que se apoderó de sus almas cuando se vieron tan
cerca el uno del otro, teniéndose por fantasmas?
Baste saber que se quedaron mas pálidos que dos
espectros, y que ambos se dieron presa á guare-
cerse en el pórtico de la iglesia; pero sobrecogidos
de nuevo espanto, tan grande como el deseo que
alli los condujo, se pararon y retrocedieron. Vol-
vió la oscuridad á tender su manto, y á su favor
pudieron recobrar el perdido espíritu.

Fácil es figurarse que cada uno creyó ser el fa-
vorecido á quien S. Marcos habia marcado el desti-
no de su compañero; así que con tan ligonjera
idea, gozosos en extremo, marido y muger partie-

ron hacia casa por el camino que cada uno trajo á su venida; y como acostumbraban vivir aparte despues de todas sus pendencias, se metieron en distintos cuartos, sin sospechar siguiera en su reciproca aventura. En seguida llamáronlos á cenar, y en vez de mirarse con el antiguo ceño, se colocaron juntos, no sin gran regocijo en su interior por considerar respectivamente el destino que los aguardaba; y entre otros platos les sirvieron una chuleta de ternera; esquisita mojar que de continuo les hacia en otro tiempo repelarse; mas ahora, aunque ella lo veía y se le antojaba, decia entre sí por el marido.— come, come, que cuando mas sobe te resta un año;—y otro tanto consideraba él en su interior. Ofrecieronse varias veces la tajada, hasta que por común impulso guiados, compartieron la ración; y luego que hubieron concluido, se retiraron pacíficamente á descansar, lo cual hasta aquella noche, no habian jamás logrado que se verificase. Al siguiente día, que era casualmente el de cumpleaños de la muger, obsequió esta á Gillet con el fatal bigado de la pasada contienda, bien porque se apiadaba de la efímera vida del pobrete, ó porque reflexionó que despues de muerta, esta y mejores cosas podría ella comer á su sabor en los siete dias de toda la semana si le placía. El marido por su parte tampoco se desengañó en hacerla varias finezas.

Continuaron así por espacio de seis meses, en cuyo tiempo, si no se arrojó el amor que se tenían, mostrábanse al menos condescendientes hasta un grado que no se conocerian tal vez algunos de nuestros mas ennobrecidos matrimonios. Mas frecuentes que nunca eran ahora los motivos de sus reyertas, pero menos serias y mas raras ibanlas haciendo ellos de dia en dia, como que miraban con indiferencia lo presente y se fijaban tan solo en el porvenir, considerándose el uno al otro tan sagrado como si ya hubiesen fallecido. A los diez meses llegó el cumpleaños del marido. Sentáronse á comer al mediodía; pero tan desganados estaban ambos, que los mejores platos quedaron intactos sobre la mesa. El, apoyando en ella los codos y metida la cara entre sus manos, atibababa por entre los dedos el rostro de su muger; y comenzado el esmeritino por los ojos, aguardaba que se oscupaban de sus órbitas; despues creía ver como se iba consumiendo la carne de sus mejillas, y concluía por transformar la femoral cabeza en un mero *caput mortuum*. La muger, repantigada en su enorme poltrona, miraba de hito en hito á su marido, y entregada á las mismas ilusiones, advertía que le iban asomando los descarnados huesos, y el calor rubicundo de su cara lo comparaba al blanco yeso de un insensible busto. No es pues extraño que caminando sus pensamientos por la misma senda llegasen al mismo punto, donde el marido fué el primero que rompió el silencio.—Muger, dijo, bien quisiera engañarme, pero parecés una difunta.—Sobresáltose ella al oírlo, que aunque sus ojos no veían mas que la imagen de la muerte, estaba muy distante de concebirla dentro de sí misma; y por esto al ver convertida en ceniza suya su propia idea, se quedó enal si la losa de un sepulcro se hubiera desplomado sobre su cabeza. Volviendo no obstante en su primer acuerdo, y tomando el perdido hilo de su discurso, contestó con el mismo tono:—pues yo quisiera que viviérais tantos años como á mi me restan.—Gillet entonces conoció el deseo de vivir algo mas tiempo, pues que segun sus calculos, á dos meses cuando mas se alargaría la vida de la citada, y esta reflexion le dejó algun tanto pensativo.

Pero como ya en los postreros meses se habian acostumbrado á respetarse sus gustos, á perdonarse sus extravagancias y hacérse mutuamente el sa-

crificio de sus inclinaciones, la muger llegó á sérle útil al marido, despues agradable y por fin querida, tanto, que recordando su precedera existencia, se lastimaba continuamente y exclamaba conmovida que iba á ser muy desventurado cuando se hallase viudo. Mas ella no se dolía tanto de la pérdida, sino que estaba aturdida en considerar la ceguedad de aquel hombre que cada vez se deslizaba un poco mas hacia el sepulcro, como bastaban á demostrárselo, á mas de su entera fe en los milagros de San Márcos, los sintomas de muerte que tan efanos en su semblante descubria. Por lo que, dando su cuerpo por perdido, creyó que los deberes de cristiana le imponían el de avisar, al que tanto descuidaba el alma, la proximidad de su postrer momento; y así con voz pausada, como la gravedad del asunto lo requería, preparó la cuestion en los siguientes términos.—¿Cómo estáis; Gillet mio?—Fuerte como un toro, querida, (y ella meneaba la cabeza) y deseoso de que goceis de igual felicidad (él tambien imitando su meneo). Siguióse un profundo silencio que indicaba hallarse el marido muy ageno de temer la muerte y de disponer el viaje á la eternidad; mas como hay siempre cierta propension á ocultar la verdad disimulando, la buena señora creyó ser esto lo que su marido havia, y determinó por lo mismo desembucharlo todo de una vez, afirmándole que debía morir muy pronto. La sorpresa que estas palabras causaron en el animo de su oyente fué mucho mayor porque tenia la boca abierta para descubrirle este mismo secreto á ella; pero al punto conoció el oráculo de donde la infeliz havia sacado el yaticinio. Volvióse pues á mirarlo y le preguntó con cierto asombro.—¿Qué? ¿estuvisteis en el pórtico de la iglesia?—Si que estuve.—Y ¿me visteis... así... en forma de espíritu?—Como la noche estaba oscura solo descubrí vuestro semblante: ibais hacia la iglesia por el boquete de los zarzales cuando yo llegaba al rabo del plantío.

Al punto quedóse Gillet estupefacto, pero por fin desahogó su corazón oprimido tanto tiempo hacia con una fuerte carejada. Largo rato permaneció así riendo y mas riendo, cada vez con dolidos gritos parecidos á los histéricos acentos de la hiena, y la pobre muger que aun no sabia cual era la causa de su regocijo, mas bien lo tuvo por un delirio ó una bofetada de las que á la muerte preceden; y ya comenzaba á retirar sus manos y alzar el grito á los cielos, cuando él para acallarle le dijo:—muger, ¿ó estás loca: lo que viste allí no era mi sombra; sino yo mismo; yo te vi á ti tambien, deseoso de que Dios te quitase de mi lado, pero gracias á su bondad vives aun, y esto es valientemente lo que hace diez meses no hubiera yo dicho sino con increíble sentimiento. Ella nada le replicó, porque pasaban tantas cosas por su cabeza que un hubiera sabido explicarlas; mas por último se arrojó á los brazos de su esposo, le estrecho fuertemente contra su pecho, y mostróle así que tambien ella participaba de su alegría. Desde aquel momento, ya absteniéndose de toda disension, ya tolerándose mutuamente sus impertinencias, llegaron á ser los dos esposos mas felices; pero debese advertir que su ventura no llegó á culmo hasta que se vieron sanos y placenterosos ambos en el peligroso día de la fiesta de S. Márcos.

CAYETANO ROSELL.



AMBIGÜ.

Guisado de conejo.

Después de haberle desstripado y dividido se pondrá en una cazuela con manteca, cerca de media libra de tocino, hasta que tome color retirándole luego. Se añade una cucharada de harina, que se tostará muy ligeramente, en la cual se envolverán los trozos de conejo, humedecidos con mitad de caldo y mitad de vino blanco ó tinto. Cuando esté á punto, se añade el tocino, setas y un ramillete. Un cuarto de hora antes de sacarlos se le echarán cebolletas pasadas por manteca, y reduciéndolo y desengrasándolo se sirve.

En este guisado se ponen tambien trozos de anguilas, alcahofas y coscorrónes.

Picadillo de conejo.

Se deshuesa un conejo cocido, se le quitan las membranas, y se pica muy menudamente lo que quede de carne; en seguida se rogarán en manteca todos los huesos machacados con despojos de ternera, tocino magro, sal y pimienta, polvoreándolo todo con una cucharada de harina. Después de haberlo meneado bien se le echa leche; y cuando haya hervido durante una hora, en la cual no se dejará de menear, se saca todo, se pasa por un tamiz y se reduce hasta la consistencia de cocido, y se pone con el picadillo que se calentará solamente.

LEBRATO.

Piernas de lebrato mechadas.

Cortadas las piernas cerca del lomo, se las quita el hueso hasta la primera articulacion, y se mechan con tocino delgado, haciéndolas luego cocer con zanahorias, rebollas, ramillete, sal, pimienta y desperdicios de tocino; se cubren con un papel dado de manteca, y se sirven con una salsa acomodada.

Lebrato helado.

Se separa la carne fibrosa, y se echa en trozos en adobo; luego se cuece con caldo y un poco de gelatina, y se cubre con un papel dado de manteca, y puesto á un fuego templado por debajo y por encima. Cuando está cocido se le añade la gelatina y se sirve con salsa de tomate.

Lebrato en menudo.

A los trozos de un lebratillo desstripado, cocido con manteca, sal y pimienta, se añaden para consolidarlos setas, perejil y ajos, todo picado, y una gran cucharada de harina. Se humedece todo con vino blanco y caldo; y cuando empiezan á hervir se quitan del fuego para servirlos inmediatamente.

Guiso de liebre.

Desstripada una liebre, después de haberla des-

pellejada, se separa el hígado que se añadirá al resto de la sangre que pueda aun tener en su interior, se hace trozos mas ó menos gruesos: se divide en dos la espalda, y se le quita después toda la piel muscular del vientre; se corta el lomo por mas arriba de las ancas, y el pecho en diferentes piezas: las ancas, separadas desde su articulacion, se dividen en dos, dejando el intervalo que las reúne; la cabeza queda entera, ó se puede tambien dividir en dos partes. Se toma una media libra de tocino picado, que se rehogará en manteca; se añade á todo la liebre partida, que se meneará sin cesar, y se polvoreará con harina. Hecho esto, se le echa vino tinto, agua ó caldo, un ramillete, sal y pimienta, y cuando todo hierva se retira y despuma; se añaden setas, y una media hora después cebolletas pasadas por manteca, y el hígado después de haberle quitado la vejiguilla de la hiel; se desengrasa, y cuando está todo reducido, se pasa la sangre por un tamiz, y no se echa sino en el momento de servir, cuando ya el guiso no hierva.

Pastel de liebre.

Se prepara y deshuesa quitando todas las membranas y tendones á una liebre cocida de antemano: se la pica luego en pedacitos gruesos, y se majan en un mortero todas sus carnes reunidas. Al mazar se le añadirá una ubre de ternera cocida, juntándolo todo con miga de pan mojado en caldo, al que se echará sal, pimienta, perejil, tomillo, laurel picado, y un batido de yemas de huevo: mado de esta suerte todo, se colocará en una cazuela con lonjas de tocino, y encima el picado, y cubriéndolo con otras lonjas de tocino, se cocerá en el horno. Cuando está ya en sazón, se retira el pastel, y se deja enfriar echándole por encima raspaduras de pan. Si se hubiese pegado, se mete la cazuela en agua hirviendo.

Cogujadas.

Regularmente estas aves se cubren con un embozo de tocino, y se las enfila para ponerlas á asar por docenas ó medias docenas.

Cogujadas en papel.

Quitados los huesos á las cogujadas, se las rellena con un cocido en que se echa hígado picado y criadillas. Para cada una se hace un cajetín de papel dado con manteca, en cuyo fondo se pone el relleno, y sobre él la cogujada con un embozo de tocino, sobre el cual se pone otro papel dado con manteca: así se las pone á cocer en un hornillo, y al tiempo de servir las se las desengrasa y echa por encima cualquiera salsa.

Mirlo.

Las mismas preparaciones.

MADRID.—SOCIEDAD LITERARIA.—1844.

IMPRESA DE D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO, CALLE DE S. ROQUE, NUM. 4.